

La Nación

Antonio Álvarez González

Por el año 1887 vivía en La Pesa, del pueblo de Con, un hombre ya viejo conocido por el apodo de la Nación, hombre pequeño y enjuto de carnes, siendo creencia que el tal apodo obedecía a lo raquítrico de su persona.

La Nación, que se cree procedía de un pueblo de Cabrales y al parecer se había casado en la parroquia, vivía bastante pobre, pues él, ya viejo, se entretenía en hacer algún cesto con varas de avellano y cuyos envases vendía a cuenta de patatas, judías, huevos o cualquier producto del suelo; porque el pobre de todo carecía.

La Nación tenía en su compañía una hija a quien se conocía por la “Tarica”, aunque su nombre era Teresa, pero éste solo se le aplicaba para llamarla personalmente; fuera de estos casos, se la conocía por el primero.

Esta hija ganaba el sustento ayudando a los vecinos que la solicitaban y vivía con su padre y dos hijos que el mundo le había dado.

La Nación cuidaba de estos dos seres durante el día con el fin de que su madre pudiera trabajar y traerles el sustento al regresar a su casa durante la noche. Estos dos hijos, que citados por orden cronológico eran Soledad (la mayor) y José María (el menor), abandonaron la vecindad, con su madre y abuelo, con rumbo desconocido, y de los cuales sólo Soledad (o Soledá, como se le llamaba), es el nervio vital de esta titulada crónica.

Por el citado año de 1887 y cuando a la sazón contaba el autor seis años de edad, mis hoy lloradas madre y abuela (q. e. p. d.), y mi abuela con más empeño aún que mi madre, creyeron conveniente que yo empezara a ir a la escuela. Yo me resistía con mis pocas fuerzas a cumplir el gusto de ellas, tanto por el temor a los niños desconocidos para mí, de otros pueblos, como por el miedo al señor maestro, a quien temía como a un fantasma.

Al fin, como en la humanidad predomina la ley del fuerte sobre el débil, dio principio mi asistencia a la escuela, y don Telesforo que así se llamaba el maestro, me destinó al grupo de los del cartel, donde empezaba mi primera instrucción, estando encargado un niño mayor de la enseñanza de las veintiocho letras del alfabeto castellano.

En este grupo infantil se encontraba también la nieta de la Nación, Soledá, a la cual yo estaba recomendado por mi madre para que cuidara de que ningún pequeño me hiciera daño alguno, hasta tanto que yo me fuera acostumbrando para que yo nombrara otro tutor a mi antojo.

El primer día se deslizó sin ningún incidente; pero al segundo, esta tutora mía, por exigencia natural, evacuó una necesidad corporal sin moverse del sitio donde conmigo se encontraba en la escuela, y al notar el mal aroma que la materia fecal despedía, el encargado de nuestra digna clase, observando que en el intervalo que separaba a Soledá de mi persona estaba sucio, pregunta así: ¿Quién se c... aquí? Y sin darle tiempo a más preguntas, ni a mí a contestar, dice Soledá: “¡Ah! ¡Esto juí Antonio el del Jondrigo!” ¡Aquello fue Troya!

Inmediatamente el encargado lo participa al maestro, y don Telesforo nos llama a la Soledá y a mí a su presencia; la Soledá corre inmediatamente a presentarse al maestro y yo, temiendo que la causa no se falle en justicia, salí de la escuela gritando a grandes voces: ¡Yo no juí..., yo no juí!, mientras el maestro decía: ¡Venga usted aquí!

Viendo don Telesforo que no volvía, salió a la puerta de la escuela, y a unos cincuenta pasos de ella, al verlo en actitud de avanzar para mí captura, me armé de dos piedras dispuesto a defender el terreno que me separaba del maestro, en lugar de salir corriendo; pero don Telesforo, que al parecer comprendió la razón que me asistía de defender mi causa (a pesar de su carácter enérgico) obró con prudencia, quedándose a la puerta y cambiando el tono áspero con que al principio me llamaba al tono dulce (poco característico en él) me mandaba que volviese a la escuela, que no me pegaría, pero yo, no fiándome de sus promesas, opté por irme a mi casa, donde expuse a mi abuela las causas de la salida inesperada.

Entonces me animó mi abuela, ofreciéndome acompañarme para encargar al maestro que no me pegara nunca, y a la hora competente me llevó a la presencia de don Telesforo, haciéndole el presente encargo: “Miré usté, señor maestru, al mió ñetu ñon i pegue por haberse escapau pa casa; porque elli ñon juí el que se c... en el cartel, que mirei los calzonines y el probín ñon los tenía c..., y son los mismos que trae; la que se c... juí la porcuza de la jiya de la “Tarica”, Soledá, la ñeta de la Nación, que ñon e cosa güena. De tales padres, tales jiyos”.

ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Antonio, “La Nación”, en *El Popular*, Cangas de Onís, 27 de octubre de 1927, año VIII, núm. 337, p. 1.